

Ángeles y... ¿demonios?

Capítulo 2. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

Al oír la puerta, levanta la vista y mira fijamente al adolescente que murmura algo indefinido mientras se derrama en la primera silla que encuentra.

Pausa.

Como el joven no está para juegos de miradas, Ángeles recurre al lenguaje verbal.

--¿De dónde vienes? ¿Qué ha pasado?

--La profe de natus. Que me dijo ayer que si no traigo el libro no me deja entrar en clase.

--¿Te ha mandado ella que vengas?

--No, es que he llegado tarde, y si la clase ha empezado no te deja pasar tampoco. Al final no habrá nadie en esa clase. Yo creo que es lo que quiere. Y además, como no tengo el libro...

--Eres de cuarto, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

--Luis Herrero.

--Pues coge tus cosas, Luis, y vete corriendo a clase, que sólo pasan cinco minutos.

--Vale. Pues si no se lo cree, ahora vuelvo. ¿Puedo dejar la mochila?

--Por favor, ¿quieres hacer lo que te he dicho?

--Sí, claro. Entendido, OK. Adiós --dice saliendo del aula de guardia, con la mochila en la espalda y una expresión entre ofendida y escéptica en la cara.

Tres minutos más tarde, Luis entra otra vez por la misma puerta, con cara de circunstancias.

--¿No se lo dije? Me ha vuelto a decir que no puedo entrar sin el libro de natus. Pero como la semana pasada me lo cogieron a la hora del patio, no tengo libro.

--¿Y desde la semana pasada estás así? ¿No piensas hacer nada?

--...

--¿Has preguntado en conserjería?

--¡Si le digo que me lo robaron! Lo tenía en el cajón de mi mesa cuando bajamos al patio el miércoles y ya no lo he visto más, se lo juro. ¿Puedo conectarme a Internet, que he de buscar una documentación muy importante?

--No. Baja y pregúntale al bedel si las mujeres de la limpieza o quien sea le han llevado el libro.

--¿Otra vez para abajo? Oiga, ¿usted me está castigando a subir y bajar escaleras con mucha sutileza verdad?

--Sutileza, querrás decir. Tú ve, y como traigas el libro te lo hago comer.

--Abur.

Cuando Luis vuelve dos minutos más tarde, exclama «¡Ostras, lo he encontrado!», mostrando a Ángeles una informe efervescencia de hojas de papel.

--Pues claro. ¿Quién va a querer robarte eso?

--Es a causa del uso intenso y continuado...

--Muy bien. Pues coge todas tus cosas otra vez y vete para clase intensa y continuadamente. Y dile a la profesora, Charo supongo, que te he enviado yo. Y enséñale el libro.

--¡No! ¡Otra vez las escaleras!

--Sí. Y no quiero verte más, hoy.

--¡Pero si no me va a dejar entrar! ¿No me puedo quedar, porfa?... De acuerdo, ya me voy.

Luis sale cabizbajo y se encamina hacia su destino. Un minuto más tarde ambos se miran compartiendo la misma sonrisa de resignación.

--¿Qué le dije? --dice Luis.

Como cada viernes, a las siete de la tarde se detiene el barullo, el desorden de las mesas, las sillas y las chaquetas olvidadas, y se instala en todo el instituto, por unas pocas horas, el silencio, el sosiego, la calma.

En la cafetería sólo se oye a Carmela barriendo y el murmullo in crescendo de una conversación al fondo de la amplia sala, junto a las ventanas.

--No creo que sea tan difícil de entender -- dice Charo apagando su cigarro en una taza (fssss...)--. Las normas se ponen para ser cumplidas. Cada uno tiene sus obligaciones y punto. ¿Por qué no lo aguantas tú en clase, si estás tan preocupada?

--Porque yo no aguanto a nadie. No vengo a aguantar nada. Cuando doy clase no voy con un cronómetro en la mano. Vengo a educar a mis alumnos. No a inventarme excusas para quitármelos de encima. Ésta es la profesión que elegí hace unos cuantos años. La misma que tú, supongo.

--Ostras. ¡Una de las dos debe estar alucinando!

--Muy bien --dice Ángeles, que no quiere perder más el tiempo--, si ya me has dicho todo lo que querías decirme, creo que tengo cosas que hacer.

--Pero es que no me creo que seas así. ¡Nadie es así! ¡Nadie habla así! No estamos escribiendo el «manual del maestro». Estamos solas tú y yo. Nadie toma nota de tus frases ejemplares. ¿Por qué no me dices realmente lo que piensas tú y no tu superyo?

--Y tú, Charo, ¿me has dicho lo que realmente piensas? ¿Tú me has dicho lo que te sucede realmente? ¿Eres una lista de obligaciones grabada en granito, fría como una losa? ¿O tendría que decir como una lápida?

Ambas callan. La última frase ha dado en un blanco no previsto.

--No. Como puedes ver, no soy de piedra. ¿Tienes un clínex?

--Por Dios, no llores. Nos hemos exaltado. Tranquilízate. ¿Pedimos otro té?

Silencio otra vez. Ángeles da a Charo un paquete de pañuelos que saca de su bolso. Charo los utiliza estruendosamente. Mira a Carmela que se acaba de girar. Coge otro pañuelo y se enjuga dos lágrimas. Se mira las manos que no saben qué hacer con los pañuelos. Los aprieta en el puño de la mano derecha. Mira la taza, en la taza la colilla arrugada, en la colilla un tercio del filtro oscurecido de saliva y de nicotina. Extiende la mano izquierda encima de la mesa. La gira y la observa moverse como si no fuera suya. Mira la palma de su mano. Las líneas de la palma de su mano, que no le dicen nada de su pasado ni de su futuro. Mira a los ojos a Ángeles que la está mirando y baja la vista un instante y vuelve, pasado ese instante, a mirar a Charo fijamente a los ojos.

--No. No quiero más té. ¿Cómo es posible que esto nos enrede de esta manera a ti y a mí, que apenas nos conocemos? Nunca había pensado que contarte mi vida (ni a ti ni a nadie) formara parte de mis actividades aquí. Pero cuando intento entender cómo haces las cosas acabo por inventarte una existencia casi miserable. Entiéndeme, tengo pensamientos del tipo «habría que estar loca para conformarse con esto». O del tipo «no se qué le ven a tanto darle vueltas a las cosas». O más aún, «conmigo que no cuenten, con su pan se lo coman». Pero ahora es como si la

brújula se hubiera vuelto loca. O lo que es peor, como si en este mundo en el que tú estás tan a gusto no sirviera el sistema de coordenadas con el que llegué a él.

--¿Por qué no intentas explicarme todo eso de la brújula? A mí me pasa algo parecido contigo. A todos nos debe pasar en realidad, eso de funcionar con etiquetas.

--¿Mi sistema de coordenadas, quieres decir? Yo lo llamaría «el mundo real». O lo llamaba hasta ahora. Pero debería decir «mi mundo real». O mejor aún, «mi mundo». O peor aún, mi... ¿mi qué? Tú me dirás qué nombre le ponemos.

--¿Y si sigues y se lo ponemos al final?

--Muy bien. Siempre he pensado que dar clases en el instituto está bien. Te permite compaginar perfectamente el trabajo y la vida familiar. No, tacha eso. Volvamos a empezar. Mi sueño... tampoco, ¡mi sueño! No, a ver...

--Parece que eres tú ahora la que estás escribiendo un libro.

--Pues mi sueño. Dos puntos: Había una vez una ingenua adolescente que sacaba muy, pero que muy buenas notas. Su sueño siempre fue trabajar en un laboratorio creando nuevas vacunas contra espeluznantes pandemias, pero cuando acabó de estudiar se internó en el bosque de «quiero vivir mi vida» con el cestito lleno de matrículas de honor, se encontró con la realidad feroz y por un plato de lentejas entró a trabajar en un instituto. Y colorín colorado... ¡Volví al mismo instituto donde había estudiado!

--...

--Todo el bachillerato queriendo salir de aquí y aquí me tienes. Esto no te lo esperabas. Pues sí, Leo, ya sabes, el coordinador de ciencias, me dio clases. Por eso me llamó, por si me podía interesar la plaza de biología. Estaba en mis peores momentos. Habían rechazado mi solicitud para una beca en los laboratorios Wayex hacía una semana y con casi un año de paro forzoso... Lo de dar clases era una salida provisional, eso lo tenía superclaro, claro. Bueno, pues ya llevo ocho años.

--Puedes dar un máster en provisionalidad.

--Ja ja --dice Charo sin sonreír--. Pero ahora, visto lo visto y a estas alturas de la película, me quedo en el instituto. En investigación, si no te reciclas, estás fuera de circulación. Aquí, vengo, doy mis clases, corrijo los exámenes, cuatro reuniones y poco más. Claro que no es mi vocación, pero la vocación cuando te casas y tienes hijos... Leo dice que sólo se habla de vocación con los maestros y con los curas, porque no trabajan por dinero. Otras profesiones menos espirituales, digamos los ingenieros, los abogados o los economistas, ¿también están todo el día así como nosotras? Atención, que voy a decir una cosa muy fea: yo, como todo el mundo, trabajo por un sueldo a fin de mes. Eso sí, de la manera más profesional que soy capaz. Cumpló mis horarios y realizo mis funciones. Lo que no pienso hacer es un sacerdocio de mi trabajo, como has hecho tú.

--¿Yo? Pero... --es lo único que puede colar Ángeles.

--¿O es que piensas que todos los demás también tenemos que vivir para el centro

como tú? No tengo ninguna obligación de hacer de hermanita de la caridad con unos alumnos que, en su inmensa mayoría, ni sirven ni quieren seguir estudiando. Claro que eso no se puede decir, hay que aparentar que estamos entregados en cuerpo y alma a la Santa Educación. Pero lo más fuerte, lo que me descoloca, lo que me rompe todos los esquemas es que creo que ¡tú realmente te lo crees! Pues yo tengo madre, padre, marido e hijos. Y tienen presiones altas, ataques de ciática y diarreas espantosas, como todo el mundo. Y son mi vida, mi tiempo y mis preocupaciones. Y si Pablo tiene un congreso farmacéutico en París y me puedo organizar los puentes, pues lo hago y me voy con él a París. Claro que después hay quien eso lo ve poco responsable, porque me salto alguna reunión. Pues yo lo veo justo. Y lo que no veo justo, por ejemplo, es que encima de que sacamos a pasear a los chavales (aquí nadie cuenta las horas, por supuesto), encima, digo, seamos responsables de todo lo que les pase; de si los atropella un camión o de si rompen una farola. Te toca...

Ahora Charo respira profundamente, llena sus pulmones cerrando los ojos y entrecruza los dedos de sus manos. Qué ligera se ha quedado, aunque sea por unos minutos. Qué bien le ha sentado soltar las riendas un rato. Ahora Ángeles le leerá la cartilla, claro.

--Te toca...

Ángeles está limpiando con un dedo un cuadradito de color beige del estampado de la mesa. Es como si se aburriera. Repetición de la misma escena --se dice--, repetición de la misma escena cada vez. Levanta la vista y busca el infinito en la ventana. Detrás de

Charo parece que va a llover. Llegan nubes de todas partes, de todos los colores, a despedirse de la tarde.

--Te sorprenderá, pero creo que buena parte de lo que dices es cierto. Hay un montón de problemas que resolver, punto uno. Punto dos, me pides que te hable de mi forma de ver las cosas, mi opinión, que te explique mi versión, cómo me planteo el día a día. Pues hay poco que decir. Cuando piensas que algo funciona, hay poco que decir. A mí me funciona, me gusta. Disfruto con mi trabajo. Es mi vocación, sí. A veces pasa, Charo. A veces, disfrutas porque te gusta. Es como si cada pieza supiera lo que ha de hacer en cada momento, como si todos los factores de cada situación se relacionaran sonriendo, cediéndose el paso coreográficamente. Una belleza sin esfuerzo, sin heroísmo. Sobre todo sin heroísmo, de seres especiales cumpliendo con su destino de salvar a la humanidad, pobrecita.

Como Charo empieza a hacer caras, Ángeles cambia de tercio.

--No tiene ningún mérito que me guste lo que hago. Estaría por decir que cuando algo te gusta el noventa por ciento del trabajo se hace solo. Por la mañana te incorporas a una especie de fluir y el puzle encaja. Y cada vez el puzle es distinto y te sorprende, y hace que estés despierta desde el principio, porque cuando las cosas no se repiten hay que inventar la forma de cada momento, pero tratando de no dejar nada en el camino. Y tener cuatro ojos. Y mirar a todos los lados sin parar. Algo así.

--Ah --dice Charo--. Algo así. Comprendo. O estás o no estás, o lo ves o no lo ves. Si lo ves, de coña. Si no lo ves, kaput.

--No es tan blanco y negro, pero es una manera de verlo, claro.

--Y otra cosa. Me falta un diez por ciento.

--Un diez, un veinte. No es saber una cifra concreta lo que importa. Lo esencial es no querer que cuadren las cuentas, pues en este oficio siempre hay que estar sumando peras y manzanas --dijo Ángeles--. Pero ese trozo por ciento que dices es cuando pones todos tus sentidos y salen las cosas verdaderamente... No sé cómo decirlo, que casi tocamos con los dedos...

--¿La excelencia? ¿O pasamos directamente al milagro? Aquí Charo ya empieza a sonreír.

--Sí, como los magos en el circo.

--O como los ángeles en el paraíso.

Y aquí ya sonríen las dos.

--O como los ángeles en el circo.

--O como los magos en el infierno.

--Así, exactamente.

Y entonces suenan las primeras notas de *My sweet lord* de George Harrison a todo volumen.

--¿Os molesta la radio? --pregunta Carmela.